

El heredero de Fernán-Gómez

Ante El Brujo hay que descubrirse. Cuando él está en el escenario, el teatro está en el escenario. El teatro grande, el teatro sagrado. El miércoles presentó en el Infanta Isabel su interpretación de **San Francisco, juglar de Dios**, a partir de un monólogo de Darío Fo, y todo se desbordó. Para empezar, la cola para entrar en la función abandonaba Barquillo enroscándose por la vecina calle de Prim. Pocas veces se ha visto tanta expectación. Al demorarse al entrar en la sala el respetable, "El Brujo", como si estuviera en una plaza pública, saltó a las tablas, como su propio telonero, para calmar la intranquilidad del español ya sentado, que diría Lope.

Y luego, con el devoto entregado antes de iniciarse el sermón, comenzó su ceremonia. Sobre la rigurosa versión de Carla Matteini, quien mejor conoce a Darío Fo en España, trenzó "El Brujo" su lección magistral de juglaría contemporánea. En las más de dos horas de generosa propedéutica, tanto estética como ética, no faltó ni la soflama contra la guerra del santo de Asís, ni el diálogo con el hermano lobo, ni el encuentro del fraile con el Papa... Pero junto a ese respeto por el texto de Fo, la improvisación del genio, donde la "Educación para la ciudadanía" o las ambiciones arquitectónicas de Ruiz Gallardón flanquearon sendos homenajes a Paco Rabal y a Fernando Fernán-Gómez. Todo ello, entre el fervor del público.

DE PACO A FERNANDO. Es enternecedora la imitación que de Paco Rabal hace "El Brujo" al utilizar el hondo registro fónico del actor de Águilas para dar vida al lobo franciscano. Lo que no deja de ser una alfombra roja para que entre en escena con todos los honores la digna caricatura de Fernando Fernán-Gómez, como gesto y palabra de un cardenal de la corte vaticana. Es el momento en que el público se rinde definitivamente. Y es que "El Brujo" es el heredero de María Guerrero.

Ya en vida, el propio Fernán-Gómez le tuvo como su prolongación. ¿Quién podía haber hecho mejor que "El Brujo", como así lo hizo, unos textos del actor y académico, tales que El pícaro: aventuras y desventuras de Lucas Maraña o su versión del Lazarillo de Tormes? Sólo el propio Fernán-Gómez..., y habría que haberles visto en singular duelo. Por eso y por su arte, "El Brujo" es su heredero.

EL ARTE DEL JUGLAR. Sólo cinco semanas dice "El Brujo" que va a estar en el Infanta Isabel. Seguro que tendrá que prorrogar su estancia, pero, por si acaso, el lector amante del arte de Talía debe de reservar cuanto antes sus entradas para ver a Rafael Álvarez haciendo de "Juglar de Dios". Es su papel. El cronista puede recordar una interpretación de "El Brujo" que marcó un hito en el teatro español del siglo pasado, su Rogelio, en La taberna fantástica de Sastre. O su Rapagón, en El avaro, de Molière. Pero en San Francisco, juglar de Dios, está "El Brujo" en estado puro.

Rafael Álvarez, actor culto, que un día dejó la toga de abogado por la bohemia de la farándula, ha aspirado siempre a la más telúrica de las artes, la del chamán; para él, un estadio cercano a la mística. Si en el principio fue la palabra, "El Brujo" busca de forma chamánica ese verbo originario. Y de ahí su inmersión en la tradición oral; de ahí, su juglaría. No necesita texto, director, empresario..., dice necesitar sólo al público, un público al que gusta llamar pueblo. Como Unamuno.

Rafael Álvarez es un genio solitario y Fernán Gómez le ha brindado su recital sagrado, consagratorio y delirantemente español.